

Para expresar este anhelo;
¡Madre! ¡madre! Este es el nombre,
Es la palabra del cielo.

La corriente de la vida
Va por el viento impelida
Como las rápidas olas,
Me dijo mi madre á solas
Con inefable cariño,
Porque yo, cándido niño,
En lucha no interrumpida
Quise el agua contener. . . .
¡Quién pudiera detener
La corriente de la vida!

Van volando todavía
En mi memoria las flores,
Que yo deshojara un día,
Y las hojas de colores
De la flor de mis amores
Van volando todavía.

Es el pájaro que canta,
Dije una vez, madre mía,
Un tesoro de armonía;
Y fué mi ventura tanta
Que mucho hablaba y reía
Y exclamó mi madre inquieta:

“Tú pareces un poeta,”
—¿Y qué es eso, madre santa?
Ella besóme llorando,
Y me dijo suspirando:
—Es el pájaro que canta.

Las estrellitas del cielo
Miraba con dulce anhelo,
Y mi madre sonreía:
En el plácido arroyuelo
Retratadas las veía,
Y mi madre me decía:
También ¡oh niño! en el suelo,
Como el agua trasparente,
Refleja el alma inocente
Las estrellitas del cielo.

¡Cuán amarga es esta vida!
Triunfa do quiera el rencor
Y todo pasa y se olvida.
Es breve sueño el amor
Y sólo es cierto el dolor.
¡Cuán amarga es ésta vida!

D I O S .

TRADUCCION LIBRE DE LAMARTINE.

Este astro universal que nunca muere,
 Que no tiene ni término ni aurora,
 Es Dios, el Grande Sér, el Sér Inmenso
 Que á sí mismo sin fin siempre se adora.
 Él existe, y en Él existe todo:
 La inmensidad, el tiempo,
 De su Sér infinito
 Los elementos son, y es el espacio
 Su espléndida morada.
 La eternidad, apenas
 Pálida sombra de su edad sería;
 Su imagen es el mundo
 Y sus miradas son la luz del día.
 El Universo existe

Bajo la dulce sombra de su mano;
 Y el sér en tanto en eternas olas
 Sin cesar de su seno está brotando:
 Y cual inmenso río
 Que esta fuente magnífica nutriera,
 Corre y vuelve á morir donde naciera.
 Sin límites como Él, sus grandes obras
 Bendicen al nacer su Providencia;
 Él puebla el infinito con su aliento;
 Brota el sér á su solo pensamiento
 Y produce, existiendo, la existencia.
 De Él emana en la tierra cuanto existe;
 Y es siempre sin cesar, en todas partes
 Su sola voluntad la ley suprema.
 Pero esta voluntad no es débil nunca,
 Y es á la vez Poder, Sabiduría,
 Justicia y Armonía.
 Él puede dominar de una mirada
 Cuanto existe en los mares y en los cielos,
 Y astros formar y soles de la nada.
 Él puede derramar por donde quiera
 Belleza y juventud, dicha y amores,
 Y al prodigar sus dones celestiales,
 Puede hacer de los míseros insectos
 Los poderosos dioses inmortales;
 Pero estos dioses que su mano cría
 Compararse con Él nunca pudieran,

Y sin Él estos dioses no existieran.
 Mirad, mirad al Dios que el alma adora,
 Al que Abraham acataba reverente;
 Al que en sueños Pitágoras veía;
 Al que anunciaba Sócrates ardiente,
 Y al que Platón soñando presentía.
 Este Dios que revela el Universo;
 Que la justicia en su inquietud buscaba;
 Que en su dolor profundo
 El infortunio mísero esperaba,
 Y que el Cristo por fin mostrara al mundo,
 No es el Dios que los hombres fabricaron,
 No es el Dios de los falsos sacerdotes
 Frágil y torpe hechura;
 No es el Dios del error y la impostura
 Que en otros siglos adoraba el hombre.
 Él es solo, Él es justo y Él es bueno:
 El mundo está de sus bondades lleno,
 Y el cielo sabe su Divino nombre.
 Dichoso aquel que á conocerle alcanza,
 Y más dichoso aún el que le adora,
 Pues en tanto que el mundo que le ofende
 Su Majestad ignora,
 Solitario á la luz de las estrellas
 Al templo va donde la fé le guía,
 Y allí de amor y gratitud ardiendo
 Como el incienso al cielo su alma envía.

Para elevarse á Dios los corazones
 Necesitan virtud y fortaleza
 Y que les dé el amor sus dulces alas.
 ¡Ah! si al menos hubiera yo nacido
 En la feliz edad en que los hombres
 Al comenzar del mundo la existencia
 Se acercaban á Dios á cada instante,
 Se acercaban á Dios por la inocencia,
 Y con Él conversando cara á cara
 Gozaban sin cesar de su presencia!
 ¡Que no hubiera yo visto el universo
 Cuando el sol lo alumbró la luz primera!
 ¡Que no hubiera escuchado al primer hombre
 Al despertar gozoso
 De su primer ensueño venturoso!
 Todo de tí le hablaba,
 Tú le hablabas de tí, y el orbe entero
 Tu Majestad suprema respiraba.
 Al salir de tus manos la natura
 Publicaba tu nombre en todas partes,
 Y si el hombre el pasado contemplaba,
 En el pasado á tí solo veía,
 Y si á su Padre en su aflicción llamaba,
 Tu cariñosa voz le respondía.
 Como á inocente niño
 Le enseñabas tu Nombre Soberano,
 Y en él cifrando tu mayor cariño,
 Por doquier lo llevaste de la mano.

Tu Magestad augusta muchas veces
 A sus ojos atónitos mostraste,
 De Sannar en el valle delicioso
 Y en la alta cumbre del Oreb glorioso,
 Do al gefe de Israel tu ley dictaste.
 Los hijos de Jacob tus hijos fueron,
 Y en muchos años en su triste senda
 El maná de tu mano recibieron.
 Al dar tu inspiración á los profetas,
 Con tu fuego su espíritu alumbrabas,
 Y con la eterna luz de los prodigios
 El error y la duda disipabas.
 Si acaso alguna vez de su memoria
 Tu imagen inmortal borrar querian,
 Presurosos tus ángeles venian
 A mostrarles los rayos de tu gloria.
 Pero ¡ay! así como se pierde el río
 Que se vá de sus fuentes alejando,
 Este recuerdo al fin se va borrando.
 Llegó á palidecer el astro hermoso
 Y eclipsó sus espléndidos fulgores
 La pavorosa noche de los tiempos.
 Cuando de hablar dejaste,
 Dós hombres te olvidaron,
 Y conmovió sus almas otro anhelo,
 Y entre el mundo y el cielo
 De la duda al abismo colocaron.
 Envejecido el mundo

Se olvidó de tu gloria y de tu nombre,
 Y para hallar tu huella
 Es preciso volver ola por ola
 A los primeros dias de los tiempos.
 Cielos, astros, feraz naturaleza,
 ¡Ay! én vano os bendigo y os contemplo,
 Y en vano el hombre ós mira,
 Porque sin ver á Dios admira el templo.
 En vano sigue en el inmenso cielo
 De mil soles el curso misterioso,
 Pues no mira la mano que los guía,
 Y el prodigio dejó de ser prodigio.
 ¿Quién sabe do comienzan
 Su senda gloriösa?
 Mañana brillarán como hoy brillaron.
 ¿Quién sabe si esta antorcha
 Que fecundiza el suelo,
 Sin principio ha existido, ó si hubo un día.
 Que por primera vez brilló en el cielo!
 De su primera aurora nuestros padres
 Nunca los rayos vieron,
 Y en los dias eternos
 No ha brillado jamás el primer día.
 Y hoy en vano, Señor, tu Providencia
 En el mundo moral, en grandes cambios
 Sin cesar nos revela tu presencia,
 Y es en vano, Señor, que á un soplo tuyo
 Se mire en un instante

El cetro y el poder de los humanos,
 De unas manos pasando en otras manos.
 Ya están, Señor, cansados nuestros ojos
 De mirar el vaivén de la fortuna;
 Y entre tantas catástrofes terribles,
 Dormimos ¡ay! sin emoción alguna.
 Despiértanos, Gran Dios, trasforma el mundo,
 Haz oír tu palabra poderosa,
 Levántate, Señor, deja el reposo,
 Y forma de este caos otro universo.
 Nuestros mortales ojos fatigados
 Necesitan mirar otros objetos,
 Y han menester milagros y prodigios
 Nuestras débiles almas vacilantes.
 Cambia, Señor, el orden de los cielos,
 Y haz brotar otro sol á nuestra vista:
 Destruye este palacio
 Que tan indigno ha sido de tu gloria;
 Ven Tú mismo á mostrarnos tu grandeza,
 Y haznos creer en Tí, Dios de los cielos.....
 Mas quién sabe, Señor, si ántes del día
 Que deje el sol de iluminar la tierra,
 La luz del sol moral, oscurecida,
 Dejará de alumbrar el pensamiento!
 Si esto sucede al fin, en un momento
 El Universo volverá á la nada.
 Tú destruirás, Señor, tu inútil obra;
 Sus destrozos de edades en edades

Volarán sin cesar en el vacío,
Y excluirás entonces: "Solo existo,
 Nada existe sin mí, y en vano el mundo
Mi Majestad Angusta negar quiere;
 Cesando de creer, el hombre muere."

A LA MEMORIA

[DE LA EMINENTE POETISA
AMERICANA

Dofia Gertrudis Gomez de Avellaneda.

No entre luto y afán y sentimiento
Viene á evocar mi lábio la memoria
De la insigne poetisa americana;
No con doliente acento
Lamentaré su suerte;
Al recuerdo sublime de su historia
Vengo á entonar el himno de la gloria,
No el funerario canto de la muerte.

La oscuridad horrible de la tumba,
Su eterna oscuridad, en fulguroso
Esplendor para el génio se convierte,
Que en el triste sepulcro silencioso
Nunca se apaga el génio poderoso:

Quando herido del rayo el polvo inerte
Con el soplo del viento se deshace,
Altivo á lo inmortal el génio nace;
La tempestad domina,
Y en la región divina
Audaz entre los siglos se abre paso;
El implacable tiempo no le hiere,
Porque el génio inmortal, sol sin ocaso,
Imagen es de Dios y nunca muere.

La mágica cantora,
A cuya voz la España
En un tiempo postróse conmovida;
Vé al fin la luz de su primera aurora. . . .
¡La muerte está vencida!

¡Honor al génio, honor! Lauros hermosos
Borren la huella que dejó su planta
En los abrojos de la tierra impura;
Cantad al génio que mi lábio canta,
Que entre las sombras de la tumba oscura
El astro de su gloria se levanta.

En los valles de América, al arrullo
De sus brisas de amor, entre sus selvas,
Vió de la dulce infancia
Los primeros y plácidos fulgores.
Y al contemplar la espléndida belleza

De esa región de génios y de flores,
 Al respirar su aliento
 Sintió la inspiración de su grandeza,
 Sintió su pensamiento
 Más inmenso que el mundo y que los mares,
 Cantó lo bello con placer profundo
 Y estremeciósse el mundo
 Al sonoro rumor de sus cantares.

No era su voz el lánguido suspiro
 Eco tierno de tímidos amores
 Que la débil mujer llorando exhala;
 Era el grito del águila potente
 Que altiva el monte escala,
 Que por el cielo sube,
 Que ve la tempestad, indiferente,
 Y que se mece audaz sobre la nube,
 Al sol clavando su mirada ardiente.
 El rugido estruendoso del torrente
 Pintaba en su divina poesía,
 Y los tumbos del mar en la bahía;
 Y hasta en las dulces calmas,
 Hasta en el lento, compasado y grave
 Murmullo de la brisa entre las palmas,
 Hasta en el tierno suspirar del ave,
 La grandeza sentía,
 Y en inmortales notas
 Sus propios sentimientos traducía.

No del hogar tranquilo
 La inocencia cantó ni la ventura
 Ni el inmenso placer de su ternura,
 Sino el turbión bravío,
 Al horrisono trueno
 Que lanza la tormenta de su seno.
 Su mente voladora
 Feliz en los abismos se mecía;
 Cruzaba valles, montes,
 Ansiaba ardiente luz abrasadora,
 Extensos horizontes,
 Espacio en que ostentarse vencedora.
 Por santa inspiración arrebatada
 Volaba su alma inquieta;
 Nunca tornó á la tierra su mirada
 Porque no era mujer, era poeta.

Al mirar la miseria del presente
 Su corazón sintióse destrozado,
 Y entonces en su afán noble y ardiente,
 Con la mágia del génio Omnipotente,
 Evocó los recuerdos del pasado.
 Al eco de su voz, sobre la escena
 Apareció la altiva Babilonia
 De orgullo y gloria y de placeres llena;
 Envueltos en la púrpura Sidonia
 Se vieron los magnates,
 Contemplando en los mágicos jardines

La pintoresca márgen del Eufrates;
 Y al alegre rumor de los festines,
 A la luz de la luna blanca y fría,
 En silencioso giro,
 El impaciente ejército de Ciro,
 Cual serpiente de acero se extendía.

A la voz del poeta, el rey impuro
 Reveló sus dolores infinitos,
 Y vaciló su paso mal seguro,
 Y trémulo exhaló dolientes gritos
 Al contemplar escritos
 Los misteriosos signos en el muro. . . .

Mas viendo la cantora
 Que solo afán y duelo
 El triste mundo encierra,
 Dió á su mente las álas de su anhelo
 Y alzóse de la tierra,
 La luz buscando y el placer del cielo.
 Cuando por santo afecto arrebatada,
 Canta á la Cruz sagrada,
 No hay amor más inmenso y más profundo
 Que más el corazón nos electrice;
 Cuando canta á la Cruz despierta el mundo,
 Y ardiendo con su fé, su fé bendice.
 No es la mujer llorosa

Que temblando se prostra y conmovida,
 Consuelo demandando
 En oración humilde y lastimosa;
 Es la guerrera audaz, la audaz amante
 Que revela el valor de su alma altiva
 En su mirar de fuego centellante;
 Que por su fé combate valerosa,
 Que diera en holocausto su existencia,
 Que con su fé se siente poderosa
 Para inspirar al mundo su creencia,
 Que feliz y gozando con su gloria
 Abraza de su fé la insignia santa,
 Y altiva entre sus manos la levanta
 Para entonar un himno de victoria.

¡Honor al génio, honor! Si en tierra extraña
 La tumba de la mágica cantora
 Sin guirnaldas se mira en triste olvido,
 Si la agitada España,
 Entre luchas sangrientas y rencoras,
 No le ofrece sus lauros y sus flores,
 Hoy el triunfo del génio diviniza
 La patria de Alarcón y Gorostiza.
 Nosotros veneramos su memoria,
 Y ni lauros ni amor han de faltarla:
 Nos sobra corazón para admitirla,
 Y laureles también para su gloria.

México, Junio 30 de 1873.

PROFESION DE FE.

A LAURA.

La amable carta miré
Que escribió tu mano bella;
Su objeto explicar no sé,
Y mucho me extraña á fé
Lo que me dices en ella.

Niña, en los buenos salones
La política dá sueño;
Y no alcanzo las razones
Por qué tienes tal empeño
En saber mis opiniones.

Verde, blanca ó encarnada,
Siempre el alma enamorada
Rinde tributo al amor,

Y no modifica en nada
Al sentimiento el color.

No importa á tu paz, bien mío,
Saber si en Juárez confío;
Que cariñoso y clemente
Bendice Dios igualmente
Al cristiano y al judío.

El color no importa cosa:
Rojos te puedo mostrar
Con sucesion venturosa,
Dilatada y numerosa
Como la arena del mar.

Para decir con delicia
Algún requiebro oportuno;
Para hacer una caricia,
No es necesario en justicia
Tener partido ninguno.

Aristócrata ó pechero,
Reformista decidido
O agente lóco del clero,
Tirio ó troyano, te quiero
Como nadie te ha querido.

Firme y constante en amar,
 Sabré siempre conservar
 El cariño que nos liga,
 Y es inútil que te diga
 Mi manera de pensar.

Quiero, empero, complacerte:
 Que siempre mi anhelo fué
 Contenta en todo tenerte:
 Pues lo quieres, voy á hacerte
 Una profesion de fé.

Desde el día en que te ví
 Palpitó mi corazon
 Y por dueño te elegí;
 Ya ves que ha tiempo ejercí
El derecho de elección.

Tú eres mi única alegría,
 Tú eres mi rey, alma mía,
 Mi corazon es tu imperio,
 Y amante, y rendido, y sério,
Proclamo la monarquía.

Con el influjo que tiene,
 Protegiendo nuestra union,
 Tu hermana ¡oh niña! interviene:
 La intervención me conviené,
Acepto la intervención.

Cierto francés relojero
 Se interesa á tu dinero;
 Pero he de acabar con él:
*Guerra, guerra sin cuartel
 Al enemigo extranjero.*

Fiero tu padre y tirano,
 Quiere con mala intencion
 A otro dar tu linda mano;
 Pero yo, buen ciudadano,
Seré de la oposición.

Por la risa desprendida
 De tus labios de coral,
 Por tu amor, prenda querida,
 El alma te doy, la vida;
Ya ves que soy liberal.

Quiero tu amor para mí
 Con amante despotismo,
 Que alma y corazón te dí,
 Y tratándose de tí,
Adoro el absolutismo.

Cuando dichoso á tu vista
 Vá haciendo mi amor progresos
 Y algún abrazo conquista,
 Conquistar quiero mil besos,
Ya ves que soy progresista.

Y pues ardiente te llamo
Y no me puedes oír;
Puesto que ausente te amo,
Para escribirte reclamo
La libertad de escribir.

Busco en tus brazos abrigo
Y en tus ojos ilusión,
Y para unirme contigo,
Tierno proclamo y bendigo
El derecho de reunión.

Si al fin mi solicitud
Pagas, mi bien, con un sí,
Y me vuelves la quietud,
Tendrás un esclavo en mí:
Proclamo la esclavitud.

Con un cariño sincero
Que contribuyas espero
A hacer mis dichas perfectas;
Y advierte ¡oh Laura! que quiero
Contribuciones directas.

Y si en tierna intimidad,
Y á mí en sociedad unida
Me consagras tu amistad,
Yo consagraré mi vida
Al bien de la sociedad.

Para imprimir en tu frente,
Do miro el amor lucir,
Un beso dulce y ardiente,
Proclamo constantemente
La libertad de imprimir.

Yo amo la paz en la tierra,
Y si tu alma, como es justo,
Amor por mí amor encierra,
Firmaré con mucho gusto
La abolición de la guerra.

Siempre á mi lado tenerte
Son mis únicos deseos;
Y pues me muero sin verte,
Me pronuncio sin rodeos
Contra la pena de muerte.

Soy tan franco, dueño mio,
Como tu amor exigió;
Mis opiniones te envío,
Y espero amante y confío
Que pensarás como yo.

EN EL ALBUM
DE MI HERMANA.

—
INÉDITOS.

I.

Es el vivir cadena de aficciones,
Su primer eslabón está en la cuna
Y quiere Dios que en el sepulcro se una
El último de tantos eslabones.

La adolescencia es gérmen de pasiones,
La orgullosa razón noche sin luna,
Mentiras son la gloria y la fortuna,
La juventud es tumba de ilusiones.

La humanidad entera llanto vierte,
Prófuga la verdad yace escondida,
La tierra es reino de la ciega suerte.

Mas nos dice una voz desconocida,
Que si la vida es cuna de la muerte,
Es la muerte la cuna de la vida.

II.

Son en la vida estéril y sombría,
Placeres, amistad, gloria y talento,
Ilusiones que pasan como el viento
Pues todo es ilusión, hermana mía.

Ilusión engañosa es la alegría,
Ilusión de un instante el sentimiento,
Y el amor, y la dicha, y el contento,
Ilusiones también, gloria de un día.

El corazón del hombre donde quiera,
Siempre aspira á la dulce bienandanza
Y aunque perdida esté, siempre la espera;

Que del inquieto tiempo en la mudanza
La dicha es siempre la ilusión primera,
Y la última ilusión es la esperanza.

Leon, 1863.

LA PRIMAVERA.

¡Cuánta luz, cuántos colores
Derrama el naciente día!
La estación de los amores
Llena el aire de armonía,
Llena los campos de flores.

Con inefable dulzura
Gime el zéfiro volando
Por la escondida espesura,
Y las aves suspirando
Le responden con ternura.

Al través del bosque umbrío
Pasan las ondas del Río
Que las auras estremecen,
Y los alamos se mecen
Abrumados de rocío.

Vuelan y cantan las aves,
Y entre la selva la fuente
Se desliza mansamente,
Suspirando ecos suaves
Que le responde el torrente.

Pasando de rosa en rosa,
Entre el trémulo follaje,
Se agita la mariposa,
Ostentando vanidosa
Las galas de su ropaje.

Palomas y ruiseñores,
Fuentes, árboles y viento,
Todos se dicen amores,
Los céfiros y las flores,
Las flores y el firmamento.

En los últimos confines
Que limita el horizonte,
Hay vergeles y jardines,
Y hasta en la cumbre del monte
Crecen blancos los jazmines.
Todo á los ojos encanta;
Todo es espléndido, hermoso,
Todo goza, todo canta;
Pero ¡ay! entre dicha tanta
Sólo yo no soy dichoso.

Todo se agita gozando
 Con sonrisa placentera
 Y está de amor suspirando,
 Sólo yo vivo llorando
 En la dulce primavera.

Sus encantos seductores
 No mitigan mis dolores,
 Y me son indiferentes,
 Los árboles y las flores
 Los céfiros y las fuentes.

Con su mágica belleza
 La feraz naturaleza
 Mis sufrimientos no calma.
 Siento en el fondo del alma
 La opresión de la tristeza.

En vano entre mil fulgores
 Viene de flores ceñida
 La estación de los amores,
 Pues no trae entre sus flores
 Ni una flor para mi vida.
 Ya nada me halaga, nada;
 Me hace sufrir cuanto existe,
 Porque tiendo la mirada
 Y todo lo encuentro triste
 Como la dicha pasada.

Sin amor, sin ilusión,
 Y en eterna agitación
 Camino trémulo, incierto
 Mi existencia es un desierto
 Ya no tengo corazón.

Ese viento, esa armonía,
 Esas flores que se mecen,
 Esa sonrisa del día
 Con su luz, con su alegría
 Mi corazón entristecen.

¡Ay del que llora pérdida
 Lleno de afán y dolor,
 Su esperanza más querida!
 ¡Ay del que pasa la vida
 Sin esperanza de amor!

No hay dolor que no me hiera;
 Muy desdichado nací;
 Nada el corazón espera;
 Para mí no hay primavera,
 No hay ventura para mí.